

CARTA PASTORAL

DE

D. JOSE LUIS MONTAGUT

OBISPO DE OVIEDO

DIREGIDA A SUS DIACONOS CON MOTIVO DE SU ORDEN

EN LA CAPITAL DE SU ORDEN

**CARTA PASTORAL.**



OVIEDO 1884

IMP. Y LIT. DE ...

CARTA PASTORAL.

119

# CARTA PASTORAL

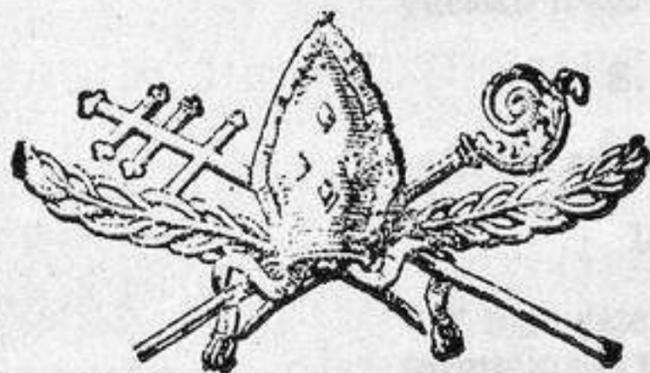
QUE EL ILMO. SEÑOR

D. JOSE LUIS MONTAGUT,

OBISPO DE OVIEDO

DIRIGE A SUS DIOCESANOS CON MOTIVO DE SU ENTRADA

EN LA CAPITAL DE SU OBISPADO.



OVIEDO.-1864.

IMP. Y LIT. DE BRID, REGADERA Y COMP.,  
calle Canónica, n.º 18.

5409021881



CARTA PASTORAL

QUE EL TMO. SEÑOR

D. JOSE LUIS MONTAGUT,

OBISPO DE OVIEDO

DIRIGE A SUS DIOCESANOS CON MOTIVO DE SU ENTRADA

EN LA CAPITAL DE SU OBISPADO.



OVIEDO.-1864.

IMP. Y LIT. DE BRID, REGADERA Y COMP.

Calle Condado, n.º 18.



NOS EL D.<sup>R</sup> D. JOSE LUIS MONTAGUT,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA, OBIS-  
PO DE OVIEDO, CONDE DE NOREÑA, DEL CONSEJO DE S. M. &, &.

Al venerable Dean y Cabildo, al respetable Clero, á las Reli-  
giosas y á los fieles todos del Obispado de Oviedo, salud en  
Nuestro Señor Jesucristo.

*Ego elegi vos, et posui vos, ut eatis  
et fructum afferatis, et fructus vester  
maneat.*

JOAN, cap. 15, vers. 16. °

Yo os elegí, y os hé puesto para  
que vayais y hagais fruto, y para que  
vuestro fruto permanezca.

S. JUAN, cap. 15, vers. 16.

*Et iste omnis fructus, ut auferatur  
peccatum.*

ISAI, cap. 27. ° vers. 9. °

Y todo este fruto consiste en el es-  
terminio del pecado.

ISAIAS, cap. 27, vers. 9. °

**A**L comparecer entre vosotros con el inmerecido  
carácter de enviado de Dios, y tomar á nuestro car-  
go el gobierno de esta dilatadísima é importante  
Diócesis en virtud de la mision sublime y salvado-  
ra que nos confiara la Divina Providencia por una

disposicion suya incomprendible, que adoramos; la consideracion de nuestra indignidad, y pocas fuerzas intelectuales y morales nos confunde y angustia nuestro corazon. Mucho sin embargo nos alienta la esperanza de que el Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, que se vale con frecuencia de los mas débiles instrumentos para llevar á término felices empresas de la mas alta importancia, nos concederá como humildemente le rogamos, las virtudes, dones y ausilios necesarios para el fiel y exacto desempeño de nuestro difícil y espinoso ministerio. Tambien nos sirve de muchísimo consuelo el saber que los hijos que el cielo nos ha dado, son dóciles á la voz de su Padre y Pastor, y conservan los mas puros sentimientos religiosos. Y esperamos en el Señor, venerables hermanos y amados hijos nuestros, que como habeis sido la gloria y consolacion del sabio, virtuoso y celosísimo Prelado que nos ha precedido en esta ilustre silla, lo sereis igualmente de su indigno sucesor.

Confiados en la vasta ilustracion, prudencia acreditada y larga esperiencia de nuestro dignísimo Senado y Consejero nato el venerable Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral nos prometemos el acierto en los asuntos graves y de difícil solucion, y no dudamos se dignará inspirarnos las disposi-

ciones mas oportunas y mas acomodadas á las necesidades de nuestra amada Diócesis.

Para la ejecucion de todo cuanto pueda contribuir á la honra y gloria de Dios y bien de las almas, descansamos en el celo fervoroso de todos nuestros colaboradores en el ministerio Pastoral, los beneméritos Curas párrocos y demas individuos del clero secular y regular, persuadidos, de que nada nos dejarán que desear.

Con tan consoladoras esperanzas damos principio en nombre de Dios á nuestras tareas apostólicas. El objeto de ellas y de los ardientes deseos de nuestro corazon, es y será, con el divino auxilio, la eterna salud de vuestras almas. Este es el importantísimo fin á que aspiramos, este el fruto saludable y permanente que con toda eficacia nos proponemos producir por cuantos medios estén á nuestro alcance. Asi nos lo prescribe nuestro divino Salvador y Maestro celestial cuando nos dice: Yo os elegí y os he puesto para que vayais y hagais fruto, y para que vuestro fruto permanezca. Y fuera ciertamente muy cumplida nuestra dicha, si por la gracia de Dios nos fuera dado, que ni una sola pereciese de las almas confiadas á nuestro cuidado.

Para conseguir tan inefable bien no basta nuestra Pastoral solicitud, ni el celo mas heróico de los

ministros del Altísimo, es necesaria vuestra eficaz cooperacion. Nuestro buen Dios que sin nuestra intervencion, y por sola su bondad nos ha criado y redimido con el precio de su sangre, no nos salvará, sin que nosotros atendamos á nuestra salvacion con preferencia á todos los negocios de la vida, poniendo en práctica los medios que conducen á este fin, y removiendo cuantos obstáculos se opongan á su logro. El que sin ti te ha criado, dice San Agustín, no te salvará sin ti. ¿Y qué cosa hay que pueda compararse con la salvacion de nuestras almas, y que mas nos interese? Aunque posea el hombre todos los bienes de fortuna que puede apetecer, aunque goce de todos los placeres del sentido, y ocupe en la tierra el lugar mas elevado y honorífico, aunque tenga su entendimiento ilustrado con el conocimiento de toda ciencia y arte, y penetre los senos mas recónditos de la naturaleza, aunque reuna y disfrute todos los que el mundo llama bienes, será infeliz si no se salva. ¿De qué le sirve al hombre, nos dice Jesucristo, el ganar todo el mundo, si al fin pierde su alma? El apóstol San Juan nos dice espresamente que todo cuanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida (epistola 2.<sup>a</sup>, vers. 16.<sup>o</sup>) Y esto es lo que se ve y no puede verse otra cosa

en los que aman el mundo y las cosas que hay en él; amor desordenado á todo lo que puede lisonjear nuestros sentidos, codicia insaciable y ambicion sin límites. ¿Y qué ventajas pueden proporcionar al hombre los deleites sensuales, las riquezas terrenas y todas las grandezas de este mundo? ¿Pueden acaso saciar su corazon y acallar las voces de sus apetitos y deseos? ¿Son por ventura suficientes para remediar todas las necesidades de la pobre humanidad? ¿Tienen virtud bastante para librar al hombre de cuidados importunos, de temores que oprimen, de enfermedades afflictivas y de otras mil y mil penalidades de la vida? ¡Ah! ¡Y cuán torpemente yerran los que corren presurosos en pos de estos bienes aparentes, pensando hallar en ellos su contentamiento y descanso! La felicidad huye de ellos como sombra, todos los placeres, tesoros y honores de la tierra no son capaces de llenar el corazon humano, antes por el contrario ejercen sobre él un dominio tiránico, que miserablemente le esclaviza y le causa trabajos insoportables, sinsabores amargos y otros males sin cuento de que es inseparable la desdicha. Y nuestra Religion Sacrosanta nos añade, que la caridad cristiana sin la que nadie puede ser feliz ni en el tiempo ni en la eternidad, no puede hermanarse con el amor del mun-

do. Son tan contrarios entre sí estos afectos , como la luz y las tinieblas, Cristo y Belial. Y asi como la caridad va siempre acompañada de la gracia divina, que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria, asi el amor del mundo es inseparable del pecado, única causa que impide la salvacion de nuestras almas y las conduce á su eterna ruina y perdicion.

Contra este enemigo capital de Dios y de los hombres , nos manda el Señor, que clamemos sin cesar á fin de que nuestro amado pueblo conozca su malicia y le deteste. Por eso al dirigirnos por primera vez nuestra palabra, cuando todavia no podemos conocer á fondo vuestras necesidades espirituales, levantamos nusetra débil voz contra el pecado, intimamente convencidos de que seria copioso nuestro fruto y muy grato al Padre celestial, si á costa de nuestros mayores trabajos, afanes y desvelos, pudiéramos lograr que todos nuestros hijos lo miraran con el horror que se merece y lo detestaran de tal modo que jamas lo cometieran. Mi Padre es glorificado, nos dice nuestro adorable Salvador, en que hagais mucho fruto. Todo este fruto segun la espresion del profeta Isaías consiste en el esterminio del pecado. Su malicia es tan enorme y sus consecuencias tan funestas , que no hay mal sobre la tierra que con este pueda compararse. La pobre-

za, la miseria, los trabajos mas penosos, los dolores mas agudos, las enfermedades mas molestas y sensibles, los tormentos mas atroces y la muerte misma que los hombres tanto temen, no pueden llamarse males si con el pecado se comparan, y ni aun merecen este nombre con toda propiedad. Todos estos padecimientos no pueden afectar mas que al cuerpo, ni pasar mas allá de esta vida, no se oponen á Dios ni á nuestro verdadero bienestar. Dios no los aborrece ni prohíbe, antes bien los aprueba y los quiere. Y si nosotros sabemos y queremos aprovecharnos bien de ellos, nos sirven de escalera para subir al cielo, son medios poderosos para dar gloria á Dios y alcanzar la eterna bienaventuranza. Solo el pecado, el detestable pecado es mal verdadero y absoluto en toda la estension de la palabra, no hay en el carácter alguno de bondad, todo es malicia, ora se le considere en sí mismo ora en los efectos que produce.

Si le consideramos en sí mismo es la aversion de Dios y la conversion á la criatura, segun San Agustin, es una oposicion tenaz y resistencia obstinada á la voluntad santa de Dios y á la justicia de sus leyes, es una rebelion la mas inícuca, mas temeraria é ingrata de la criatura vil é impotente contra la suprema Magestad, escelencia infinita y bondad

sin límites de su divino Criador y Redentor, á quien debe todo cuanto tiene, cuanto puede y cuanto es, y sin cuya asistencia no puede obrar ni existir. El hombre que peca mortalmente dice á Dios con sacrílega osadía, apártate de nosotros, detestamos la ciencia de tus caminos; y como aquellos malvados ciudadanos de la Parábola que nos refiere San Lucas: añade, no queremos que reine sobre nosotros. Y no satisfecha su perversa voluntad con negarle la obediencia que por tantos títulos le debe, mira con el mayor desprecio los inmensos é inefables beneficios que de su mano liberal y bondadosa ha recibido, y está continuamente recibiendo, no hace caso de sus terribles amenazas, ni teme sus castigos, y en su misma presencia, y á su vista, le insulta y suspira porque perezca la divina Omnipotencia, Sabiduría y Justicia. *Crudelis plane*, esclama San Bernardo, *et omnino execranda malitia, quæ Dei potentiam, sapientiam et justitiam perire desiderat*. Y llega su perversidad á tal extremo que levanta la mano contra Dios, como nos dice el Santo Job, y en su insensato furor se empeña en quitarle la vida. *Veré omnis homo malus*, dice San Juan Crisóstomo, *quantum ad voluntatem suam, et mittit manum in Deum et occidit eum*. Este horrendo Deicidio cometió el ingrato pueblo Judio, y

comete el hombre siempre que peca mortalmente, como nos asegura el Apostol San Pablo en su carta á los Hebreos. ¿ Puede imaginarse mayor crimen? ¿ Puede darse igual malicia? Con muchísima razon, dice el angélico Dr. Santo Tomás, que la malicia del pecado mortal, es en cierta manera infinita, atendida la infinita Magestad á quien ofende. Malhadado momento en que entró en el mundo este mónstruo. Su malicia infinita es la causa de que Dios infinitamente justo lo aborrezca y castigue con ódio eterno, infinito, necesario y eficaz, y de que sus efectos sean tan terribles y espantosos, que bien podemos decir con San Agustin, sin recelo de engañarnos, que es la suma de todos los males y mal sumo. *Peccatum est absolute malum, omne malum, summum malum.*

En efecto, no hay, ni ha habido, ni puede haber mal alguno en el mundo de que no sea causa el pecado. Por él perdieron su admirable belleza y los dones todos de la gracia, Lucifer y demas ángeles rebeldes, y fueron arrojados del cielo para siempre y precipitados en los abismos donde padecen y padecerán eternamente tormentos los mas insoportables. Por el pecado fueron desterrados del Paraiso nuestros primeros padres, y privados de la jasticia original y de todos los dones y privilegios consi-

guientes á este estado venturoso , y la carne se rebeló contra el espíritu , y las pasiones contra la razon. Efectos son del pecado , la ciega ignorancia y la malicia de la voluntad y la maligna concupiscencia. Por él entró la muerte en el mundo con todos los defectos, padecimientos y calamidades que han afligido, afligen y afligirán á la desventurada humanidad. El pecado, en fin , priva al hombre de Dios, que es la suma de todos los bienes y bien sumo é infinito, y le hace indigno de su gracia y amistad y objeto de su ódio , le quita el derecho á la gloria, le despoja de sus méritos y le condena á penas eternas en la otra vida. Tan enorme es su malicia, tan funestos sus efectos , tanta la desventura del que lo comete. ¡ Ah ! ¡ Y cuán llevaderas nos serian las tristes consecuencias de la prevaricacion de nuestro primer padre , si los hombres todos tuviéramos presentes estas saludables verdades , y segun este provechoso pensamiento reguláramos los deseos todos de nuestro corazon , nuestras palabras y acciones !

El individuo no veria jamás como vé á cada paso violados sus derechos , antes bien en las penalidades temporales de que no puede dispensarse durante su vida mortal sobre la tierra , recibiria todo el alivio y consuelo que le pueden prestar sus seme-

jantes, porque los hombres se amarian como hermanos y procurarían con anhelo complacerse mutuamente, sin esceder los límites de lo justo y razonable. Desapareceria el egoismo, el fatal egoismo origen funesto de la mayor parte de los males que nos aquejan, no tendria lugar entre nosotros. La paz y la justicia saliéndose al encuentro se darian un ósculo fraternal, y unidas con lazo indisoluble reinarian en la tierra sin contradiccion. Y sobre todo, la voluntad divina conocida por la luz de la razon, y por la antorcha brillante de la fé tendria su mas fiel y esacto cumplimiento, y la humana sociedad en este mundo se asemejaria en cuanto cabe á la que forman los bienaventurados en la celestial Jerusalem. Y á esta dicha temporal seguiria infaliblemente la eterna salvacion de nuestras almas.

¡ Empero y cuán lejos estamos de esta dicha! ¡ Ni esperanzas tenemos de porvenir tan venturoso! porque bien conocidos son los gravísimos obstáculos que al logro de este bien importantísimo se oponen. A la inmoralidad concurren muchas causas cuya maléfica influencia no puede desvirtuar enteramente el celo mas activo y fervoroso. Nuestra divina Religion ha deplorado en todos tiempos hasta en las épocas de mayor prosperidad el extravío de alguno de sus hijos cuyo voluble corazon han

seducido las malignas sugerencias de Satanás, que á todas horas nos circuye buscando á quien devorar, y el atractivo encantador de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y de la soberbia de la vida. El celo mas heróico no ha podido ni podrá impedir nunca, que en el campo fértil del Padre celestial haya cizaña mezclada con el trigo. En la gran casa que tiene en este mundo su divina Magestad hay siempre vasos de barro como los hay de oro y de plata, vasos de ignominia con los vasos de honor. Hasta la consumacion de los siglos habrá en la Iglesia militante vírgenes necias al lado de las virgenes prudentes. Ni los antiguos Patriarcas y Profetas, ni los Apóstoles y primeros discípulos de nuestro divino Salvador, ni los Santos Padres de la Iglesia y sus celosos sucesores pudieron lograr nunca, que entre los justos, no hubiese tambien pecadores. En todos tiempos ha habido hombres ciegos y obstinados que abusando del don precioso del libre albedrío de que les dotara el Criador, han resistido tenazmente á las voces amorosas con que les llamara el Señor, é ingratos á los divinos beneficios é insensibles á sus amenazas y castigos, ó no han emprendido el camino de la virtud, ó lo han abandonado cobardemente despues de haberlo emprendido.

En la época que desgraciadamente atravesamos es tan crecido el número de los extraviados, que por do quiera aparece marcada la malicia é inmoralidad, el hombre ha corrompido todos sus caminos, el error y el vicio se han generalizado de una manera espantosa en casi todas las clases del estado. Los deberes sagrados que nuestra Religion Santa nos impone para con Dios, para con nosotros mismos y para con nuestros semejantes, son mirados con fria indiferencia por la mayor parte de los hombres, y no es escaso el número de los que los miran con desprecio. Cuando con un afán cada dia mas creciente se fomentan todos los elementos del bienestar material, cuando se emplean todos los recursos del arte y de la ciencia para conseguir un bienestar que lleva en sí mismo el sello de la inestabilidad, solo se reserva la apatia y menosprecio para los bienes reales é imperecederos que la Religion nos ofrece y proporciona, como si nada hubiera que esperar ni que temer mas allá del tiempo y del espacio en que respiramos y vivimos. De aquí nace el olvido de Dios y de nuestros verdaderos intereses, de aquí la inmoralidad privada y pública que todos lamentamos, de aquí en fin el indiferentismo moral y religioso que es el mas funesto de los males que aquejan á la sociedad en que vivimos.

Este mortífero veneno inficiona las facultades del hombre mas escelentes y mas nobles , y las deja en una parálisis completa en órden á los bienes eternos que son los únicos que enriquecen sin aparato, engrandecen sin estrepíto y satisfacen sin saciedad. Esta gravísima dolencia del espíritu ciega el entendimiento humano de tal modo, que ya no reconoce las verdades mas ciertas é importantes, ni las máximas mas puras, oye con desprecio los dogmas consoladores de nuestra divina Religion y abraza los errores mas perniciosos y groseros, tiene por vanas y de ningun valor las ideas exactas del bien y del mal morales, ni se ocupa siquiera en indagar cuál es su origen y destino, ni cuál su mision sobre la tierra. Y la voluntad del hombre estraviada sigue ciega el impulso fatal de las pasiones desencadenadas, y en su extravío criminal abusa al momento de los dones preciosos de que la naturaleza y la gracia le dotaran. Y las gracias del talento se convierten en sal de las pasiones, la superioridad de ingenio en orgullosa petulancia, y la nobleza de alma en ambicion sin límites. La elevacion de nacimiento es origen de fatídicos desdenes y de ódios implacables, y la prosperidad misma sirve de instrumento á toda clase de crímenes hasta los mas horrorosos é infamantes, y un libertinage escandaloso ocupa el lugar

de los sentimientos y creencias religiosas. ¡Hay del hombre que ha llegado á tal degradacion! ¡hay de la sociedad que en su mayor parte se compone de miembros semejantes! La situacion de estos infelices es sobremanera deplorable, y su porvenir desventurado, y la sociedad que ellos forman camina precipitada á su ruina, y la disolucion mas completa es el término fatal que le amenaza muy de cerca. Tan cierto es que ni el individuo ni la sociedad pueden ser felices fuera de la doctrina católica.

Hé aquí, Venerables hermanos y amados hijos nuestros, la causa y el origen de ese malestar y continuas convulsiones que trabajan á las sociedades modernas. El hombre guiado por su orgullo se ha creído bastante poderoso para reformar la obra de Dios y pretende conducir á la sociedad á una perfeccion y felicidad que no es posible en la tierra, destruyendo los fundamentos establecidos por su autor, y sustituyendo otros tan débiles como la mano que los edifica, y haciéndola marchar por caminos tan torcidos y errados como las ideas y los fines del que los traza. ¿Qué otro objeto sino este se propone esa Filosofía oprobio de la humanidad, inundando cual otro diluvio todo el mundo con sus escritos, en que merced á una libertad desenfrenada de imprenta, se atacan con atrevimiento sin igual y con un cinismo

repugnante las bases de la sociedad, y los objetos mas caros del pueblo Español? ¿Qué otra cosa?... Pero no queremos continuar estas reflexiones que si bien nos llenan de amargura, no dejan de ofrecernos un motivo de gran consuelo. Sí, nuestro corazon rebosa de alegria, y sentimos un santo orgullo al ver que nuestros amados diocesanos se han preservado del contagio de la irreligion, y que todos los esfuerzos de la impiedad para corromper sus ideas, se han estrellado contra la firmeza de los sentimientos religiosos de los nobles Asturianos. ¡ Ah! ¿y cómo no habian de resistir á unas doctrinas que tanto lastiman al par que sus sentimientos religiosos, sus tradiciones, su historia, sus glorias y su honor? ¿Cómo no se habian de oponer los herederos de aquellos héroes de la religion y de la patria que prostrados á los pies de nuestra madre Inmaculada en Covadonga, y confiados en su poderoso Patrocinio, formaron el proyecto gigantesco de arrancar de las manos del bárbaro Ismaelita, sectario de Mahoma, el cetro de hierro, con que intentara oprimir al universo y acabar con nuestra divina Religion, y con todas las bellezas que las ciencias y las artes habian reunido en los siglos anteriores? El triunfo esclarecido que aquellos piadosos é hidalgos campeones auxiliados por la Señora alcanzaron en Covadonga,

fue el principio de nuestra famosa reconquista, y el presagio feliz de la restauracion del Catolicismo y de la monarquia en nuestra patria, y de la salvacion del mundo civilizado. El espiritu religioso y la devocion y confianza en Maria los escitaron para combatir con valor contra los Moros, los animaron en la pelea, y los condujeron á la victoria. Y si es cierto como efectivamente lo es, que los sentimientos de los padres se derivan insensiblemente á los hijos, y que la memoria de los gloriosos hechos de aquellos fuerza á estos á imitarlos, no dudamos que en los nobles pechos de nuestros queridos Diocesanos permanece íntegra y pura la fé, que llenó de gloria á sus ilustres progenitores, y fue la causa de que este pais clásico de la piedad y honradez, fuera tambien el áncora firme de la Religion y feliz cuna de nuestra gloriosa Monarquía en tiempos los mas aciagos y difíciles para la Iglesia y el estado.

Mas ¿podremos asegurar que seguirán siempre resistiendo del mismo modo á ideas que lisongean las pasiones, seducen el entendimiento, corrompen el corazon y arrastran al hombre á romper el único freno saludable, que á pesar de tantos elementos contrarios le contienen en el deber y mantienen su dignidad? No desconocemos que este deber sea en los tiempos que corren uno de los objetos pre-

ferentes de nuestra vigilancia Pastoral, y á él dedicaremos nuestros desvelos y nuestras fatigas. Asi como estamos persuadidos que la ignorancia es la que mas predispone los ánimos para recibir la mala doctrina, asi tambien creemos que no hay mejor preservativo que la ciencia de la Religion. Bien puede decirse que quien la ataca no la conoce. Ningun hombre verdaderamente sabio ha sido enemigo de la religion, ha dicho un sabio escritor.

Los Profetas se lamentaban amargamente de que el pueblo de Dios no tuviera conocimiento bastante de la Religion, y esta ignorancia era segun ellos la causa de los males que le afligian. Su lenguaje mas parece prediccion de lo que vemos que relacion de lo que sucedió. Nuestro deber es, no solo clamar contra la ignorancia religiosa, sino promover cuanto nos sea posible la instruccion cristiana, escitando el celo de nuestros amados colaboradores, para que con asiduidad se dediquen á esta parte interesantísima de su ministerio. Por la nuestra no perdonaremos medio alguno á fin de que ellos mismos adquieran la instruccion que reclama su estado y las necesidades de la època. Porque si los labios del Sacerdote guardan la ciencia, segun el Profeta Malaquías, de su boca ha de aprender el pueblo la ley. ¿ Y cuál no debe ser hoy la ciencia

del Sacerdote católico, cuando en manos de todos andan libros y escritos en que se enseñan y defienden los errores mas trascendentales que jamás ha enseñado el espíritu estraviado del hombre, y que combatiendo con nuevas formas uno de los principales dogmas, no solo de la fé, sino de la razon, sujetan al entendimiento á un estúpido escepticismo, y al corazon á la mas depravada corrupcion? El peligro que amenaza á las ovejas que nos están encomendadas, nuestros muy amados colaboradores, nos impele á recordaros el imperioso deber que nos incumbe de velar por nosotros y por todos los fieles de esta nuestra Diócesis. Mucho esperamos ciertamente de vuestra ilustracion y acendrada piedad. El celo por la salvacion de las almas que os anima, y que es la obra mayor y mas divina en sentir de San Dionisio, la mas agradable á Dios segun la espresion de San Juan Crisóstomo, y la mas fecunda en felices resultados como la Historia de la Religion lo acredita, nos asegura, que continuareis en el estudio de la ciencia sagrada. Sabeis que las divinas escrituras son el libro sacerdotal, como dice San Ambrosio, sean pues la materia de vuestras contínuas consideraciones y el fundamento de vuestros estudios. Trabajad incansables en arrancar de las manos de los fieles los escritos

perniciosos y reprobados por la Iglesia para que no beban incautos el veneno que contienen semejantes producciones. Enseñadles continuamente el camino del cielo y la ciencia de la salvacion, edificándoles al mismo tiempo con ejemplos de virtud propios de la santidad de vuestro estado. De esta suerte os será fácil arrancar la cizaña que el hombre enemigo haya podido sembrar en medio de este trigo el mas selecto. De lo contrario seria de temer, que Dios os hiciera viles y despreciables á los pueblos.

Muy poco ó nada os aprovecharia mis amados diocesanos, toda la ilustracion, celo y virtud del clero, si contra todas nuestras esperanzas llegarais á despreciar á los sacerdotes, ó no quisierais escucharlos, porque en tal caso despreciarais al mismo Jesucristo que tiene dicho: El que á vosotros oye, á mi me oye, y el que os desprecia á mi me desprecia. Si por el contrario continuais como hasta ahora dóciles á su voz, si acudis á ellos como depositarios que son de la ley y maestros y doctores de ella, si los respetais como ángeles del señor y ministros de Jesucristo para hacer saber á los hombres su divina voluntad, y como dispensadores de los misterios divinos, entonces eludireis facilmente las insidiosas emboscadas que ar-

men á vuestra proverbial sencillez los falsos Profetas, que siendo lobos devoradores, se dejarán ver entre vosotros disfrazados con piel de ovejas.

Y vosotros, jóvenes seminaristas, que sois el objeto de nuestra particular predileccion y el porvenir de la diócesis de Oviedo, no defraudeis las lisonjeras esperanzas que en vosotros tenemos cifradas, dejaos conducir por la senda de la virtud y de la ciencia como lo habeis hecho hasta aqui, sed siempre sumisos á la voz de vuestros superiores, obedientes á sus mandatos, y en vuestra tierna edad grabad en vuestro corazon de una manera indeleble el temor Santo de Dios que es el principio de la sabiduria, para ser un dia sacerdotes ejemplares y dignos ministros de la Iglesia.

Tambien á vosotras, queridas esposas de Jesus, deseamos que llegue nuestra voz para animaros á permanecer fieles á vuestra vocacion, y para que correspondiendo á la gracia singular que os inspiró la santa resolucion de abandonar el mundo, despreciar sus pompas y renunciar á sus placeres, aspireis á la perfeccion de vuestro estado, por el exacto cumplimiento de las Reglas y Estatutos que habeis profesado, no ceseis en el servicio de Dios, adelantando continuamente en el camino de la perfeccion á que debeis aspirar en ese lugar

que habeis elegido para morar en este valle de lágrimas. Esforzaos á ser dignas Esposas del Cordero Inmaculado, siguiéndole do quiera que vaya. Y cuando encendidas en su divino amor levanteis vuestras inocentes manos al cielo, y presenteis á Dios vuestros puros corazones, no os olvidéis de los que menos felices que vosotras navegan por el mar proceloso del mundo con eminente peligro de naufragar en él, vuestras virginales oraciones deben ser el escudo que los defienda de la ira divina provocada por las iniquidades del siglo, y memoriales para alcanzar de Dios gracias abundantes, á fin de que los extraviados vuelvan al buen camino, los pecadores se arrepientan, los justos adelanten en la virtud y todos glorifiquen á Dios, reconociendo y adorando á su hijo Unigénito nuestro Señor Jesucristo. Orad tambien y oremos todos con especial fervor por Nuestro Santísimo Padre Pio IX.

Sí, venerables hermanos, inocentes esposas del Cordero, amados fieles todos, unamos nuestras súplicas y no cesemos de pedir al Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion se digne consolar el atribulado corazon del Padre comun de los fieles, que desbarate los consejos de los impíos que tantas maldades cometen en el Santuario, y con-

funda los proyectos inícuos de los que fingiéndose hijos de la Iglesia la hacen guerra á muerte, y desgarran el corazon de nuestro magnánimo y bondadoso Pontifice, mas con su hipocresía y mentido catolicismo, que con las ofensas que hacen á su persona, mas con la ruina de tantas almas que causan con su impiedad, que con los daños que sacrílegamente irrogan á su soberanía temporal. Pidamos al Señor que abrevie los dias de tribulacion y amargura por que está pasando, que fortalezca al venerable anciano que gobierna la barca de San Pedro con una fé y constancia que admira al mundo, que mande á los vientos y al mar para que calmada la tempestad borrascosa que há tanto tiempo está sufriendo la Iglesia, se patentice una vez mas que no pueden prevalecer contra ella las puertas del infierno.

Elevemos tambien al cielo fervientes oraciones por nuestra amada reina Doña Isabel II, por el Rey su augusto esposo y por su Real familia, para que en las actuales y difíciles circunstancias en que se encuentran la Religion y la Monarquía, salve con acertadas disposiciones, objetos tan caros á su maternal corazon y al de todos los buenos españoles, trasmitiendo con nuevo esplendor el glorioso renombre de Católica al Serenísimo Señor

Príncipe de Asturias D. Alfonso , por cuya salud y prosperidad debemos rogar igualmente todos pero con mas razon vosotros , amados Diocesanos, puesto que en su título lleva el recuerdo de vuestros ilustres progenitores y de las glorias de este pais clásico de la lealtad.

Pero todas nuestras oraciones serán infructuosas y poco aceptas ante el divino acatamiento , si no van acompañadas de una fé viva y de un fervor cristiano, que solo pueden nacer de una conciencia limpia. Por lo mismo os exhortamos y rogamos por las entrañas de nuestro amabilísimo Redentor , que aborrezcais el pecado y guardéis vuestras almas libres de ese mal único y universal. Os encargamos por último con el apóstol San Pedro que huyais de la corrupcion de la concupiscencia que hay en el mundo, y que aplicando todo cuidado junteis á vuestra fé, virtud, y á la virtud ciencia, y á la ciencia templanza, y á la templanza paciencia, y á la paciencia piedad , y á la piedad amor de vuestros hermanos, y al amor de vuestros hermanos, caridad : porque si estas cosas se hallasen y abundasen en vosotros, no os dejarán vacíos en el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo , y le amareis con todo vuestro corazon y se os franqueará la entrada en la mansion celes-

tial, y será segura la eterna salud de vuestras almas como lo deseamos y pedimos al Señor, al daros con toda la efusion de nuestro corazon, nuestra Pastoral bendicion, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

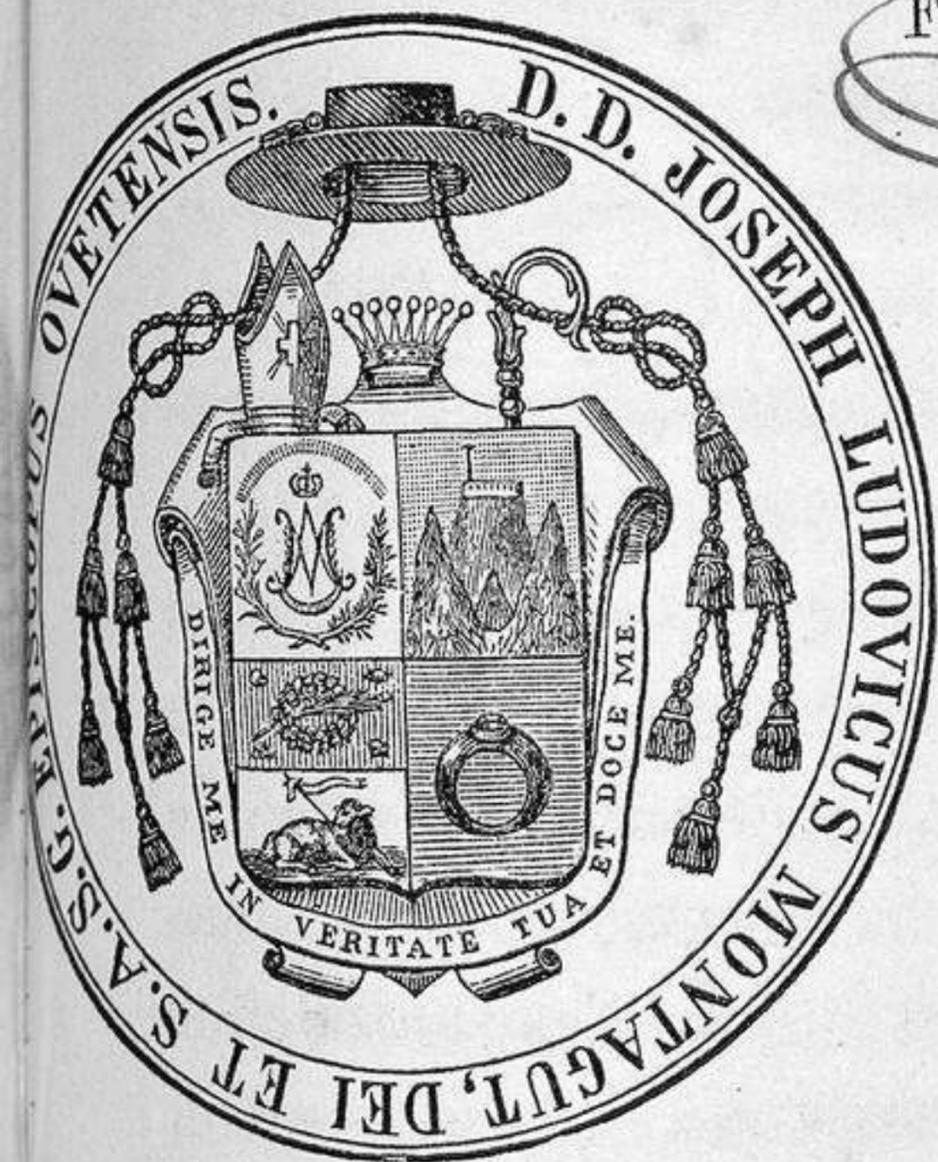
Dada en nuestro Palacio Episcopal de Oviedo el dia de la Natividad de San Juan Bautista 24 de Junio de 1864.

**José Luis,** *Obispo de Oviedo.*

Por mandado de S. S. I. el Obispo mi Señor,

FRANCISCO GARCIA SUAREZ,

*Vice-Secretario.*



*Esta Carta Pastoral será leída en todas las igle-*

*sias parroquiales al Ofertorio de la Misa mayor en el primer día festivo inmediato á su recibo.*

*Palacio de San Juan Bautista*



